

quiera recompensado eligiéndome Vice-Presidente de la República.

Yo que fui el más ridiculizado por la prensa Gobiernista de mi tiempo; yo, á quien dirijían sus dardos siempre rectos por que supe enseñar mi pecho como un hidalgo, yo que no negué mi bolsa para cuanta contribución se ofrecía en mi partido, he sido engañado del modo más ruin que darse puede por que ni siquiera se han servido brindarme una Secretaría de Estado.

Pero... el patriotismo que siempre he alentado y á cuyo fuego se templan mis sentimientos de hombre leal, me hace que confiese con ingenuidad el error, (ya que no lo quiero llamar despecho), en que viví tanto tiempo.

Yo quería que el Presidente electo me consultase siempre antes de ejecutar algún acto: si los miembros del gabinete eran de mi gusto ó dejarme elegirlos á capricho (no niego que yo me habría nombrado á mi mismo Ministro General;) si el tenía intensiones de gobernar con el pueblo para aprobárselo (por que me hago el favor de creerme eco de todos;) para nombrar hasta los últimos escribientillos y porteros por que yo tengo muchos adeptos que lo necesitan.

Todas mis esperanzas fueron fallidas y hoy no me queda otro recurso que proclamar muy alto la deshonra del gobierno que me despreció, ocasionando con eso su propio desprestigio. Todos mis adeptos convienen conmigo en que el Gobernante no cumple su deber por que no nos dá lo que queremos.

Y que mayor baldón para ese Gobierno...? La rectitud y la justicia nada me importan hoy en día; me importa que cuando trabajamos por un Gobierno nuevo este nos premie por que el patriotismo vive de ilusiones, y la gratitud es una virtud muy grande.

Los míos me imitan en todo, pero si yo consigo hacerme fuerte, daré á mi círculo muchas cosas.

Tengo entre ellos muchos que pueden ser Gobernadores (aunque ellos no conocen la existencia de una mina de Insulas Baratarias.)

Los que hoy aparecen como despreciados-puesto que ni se dignan escuchar sus lamentaciones por creerlas á imitación del lianto del cocodrilo--esos serán los escogidos. Yo odio la ingratitud. Yo aborrezco á los falsarios. Yo condeno á los engañadores. Yo amo la voz del pueblo que se levanta tranquila como las brumas de la mañana y la, acato por que es la voz de Dios. Este será mi mejor programa de Gobierno.

Venid á mi todos los mansos, todos los perseguidos por la jauría oficial, todos los que llevais el herido pecho rebozando de patriotismo.

Mi corazón es una nueva arca de Noe capás de contener á muchos pueblos.

VIDAL ANZA.

EL VAGO.

Dice Selgas que, según la definición mas corriente, vago es "aquel que no tiene modo alguno de vivir conocido," y agrega "que precisamente la vagancia es la manera de vivir mas conocida que hay en el mundo."

Ese tipo incomprensible que se ve en todas partes, q'no tiene rentas para vivir ni ejerce industria ni oficio alguno, es, sin duda, uno de los seres mas felices que existen en la naturaleza.

Yo diría que es un pordiosero que *respira salud*, porque ¿de qué manera vive? si por manera de vivir se entiende "el modo de adquirir la suma de dinero que la vida consume," ¿cómo se proporciona él ese dinero? Si, como dejo dicho, no trabaja ni tiene rentas para vivir, alguna mano pródiga debe darle lo necesario para su manutención, y esa *alguna* no esa otra que la sociedad; luego el vago es un pordiosero que emplea generalmente la astucia para procurarse la vida.

Esta para él no es mas que un juego á la bolsa: unos días está en alza y otros en baja; tan pronto se leve recostado sobre el *mostrador* de una taberna ó la mesa de un garito, como frecuentando los principales salones aristócratas; hoy cobija su cuerpo con harapos recogidos en el basurero y mañana luce bien tallado vestido de fino casimir, y sin embargo... siempre está risueño, siempre alegre: la vida para él es un soplo; jamás piensa en el porvenir; cuando necesita algo, lo busca y ¡oh prodigio! siempre lo encuentra.

Dije antes que no ejercía ninguna industria, y me equivoqué: la vagancia es una industria *muy industrial*, y puesto que es vago, él ejerce esa industria. Ahora ¿por qué es industria la vagancia? porque allí se emplea un capital del que se saca provecho, pero si es vago no tiene capital, entonces éste debe ser de alguien, ó mejor dicho, de la sociedad; luego este es el filón que aquel explota para mantenerse.

Generalmente el vago acude al crédito, ese *invento* de nuestro siglo por el cual podemos gastar el cuádruplo de lo que ganamos; al juego, donde casi todos pierden en un momento lo que les ha costado ganar para subsanar sus necesidades; pero nunca se acuerda de pagar lo que ha tomado prestado y en el juego nunca pierde por la sencilla razón de que juega lo que no tiene.

No piensa en el porvenir porque él "exige todos los derechos y niega todos los deberes" y como el ciudadano más libre de todas las sociedades "es el q' mas toma y el que menos da;" no es padre, marido, hijo ni hermano porque solo es vago; rompió el contrato que lo ligaba á la sociedad y á la familia y dejó de ser hombre, puesto que vive como el bruto que come para vivir, y no piensa en la muerte porque no tiene donde ni en que morir.

Jesucristo dijo: "con el sudor de tu frente vivirás" y el vago se revela contra esta máxima á que están sujetos todos los hombres; pero si en el curso de su vida ha gozado de bienestar, á la hora de la muerte se arrepiente de no haber permanecido siempre al lado de su familia porque comprende lo triste que es morir en un hospital, que es su término. Aquí se despide de la sociedad que ha sido su patria, su todo, para pedirle que le haga el último beneficio depositándolo en la madre común: la tierra.

F. P.

LITERATURA.

EL TORREÓN DE LA MUERTE

LEYENDA HISTORICA-FANTASTICA

por

GONZALO JOVER.

I

Sobre alto peñón de roca y granito, que vate impetuoso el mar indomable, se alza como fantasma de piedra el antiguo castillo feudal del Conde de Peñaraja.

Los viejos y vetustos torreones, ostentan sobre sus pedregosas almenas el orgulloso pendón señorial que flota extendido al viento, mezclando con las tintas azuladas del espacio sus gualdos y bermejos colores.

Monstruo de piedra, sobre piedra edificado; entre los embates de las olas agitadas, desafiando impávido la tierra entre los abismos grandiosos: el mar y el cielo.

Pasado el foso por el pesado rastrillo, se extiende ante los murallones frondosa arboleda y feraz campiña, que fructifican en su trabajo los numerosos vasallos del Conde.

II

En ancho salon de artesonado techo, vestidas las paredes por ricos flamencos tapices, en torno de alta chimenea de campana, de la que un monte de leña deja escapar el fuego en alas rojas y azules, se encuentra el anciano y venerable Conde, señor del castillo, hombre de lengua y blanca barba, que en aguda punta se desliza sobre su pecho, tersa cabeza, coronada por escasos y blanquíssimos cabellos, ancha y despejada frente y curtidura que surcan profundas arrugas, en cada una de las cuales va envuelto el recuerdo de un drama sangriento, resuelto sobre el campo de batalla.

Flotante túnica talar de negro terciopelo, recamado de oropeles, rodeado de armiño, cubre su cuerpo, sujetándose á la cintura por ancho cordón de oro, cuyas puntas, formando gruesos borlones, caen juntas á uno de los costados.

Cómodamente reclinado en ancho sillón, en cuyo respaldo de baqueta brilla el escudo señorial, lee el Conde con devoción profunda en un viejo libro de pergamino sus acostumbradas devociones.

A su lado, una hermosa criatura de ojos azules como el cielo q'extiende su luz sobre las artadas almenas ó el mar sereno que lame humildemente los cimientos sólidos del castillo.

Rubios cabellos, recogidos en abultadas trenzas, rozan suavemente su cintura gallarda, y entre los pliegues de su blanco ropaje, palpita seno turgente, y se distingue apenas sobre rojo almohadón, breves chapines.

Al lado de su anciano padre, la hija del Conde borda atentamente sobre banda de sangre, escudo de oro.

Más lejos, medio oculto en la penumbra de la roja llamarada, un viejo escudero, cuyas campañas atestiguan dos anchas cicatrices que cruzan transversalmente su frente ancha y despejada, con obstinado afán pretende en vano sacar brillo acerado á la hoja enmohecida de un largo puñal, que frota sin cesar con la gamuza.

El profundo silencio que en la estancia reina, es sólo á intervalos interrumpido por el "alerta," que desde los fuertes torreones repiten acompasados los guerreros.

De cuando en cuando, el viejo Conde alza del libro la mirada para fijarla en el angélico rostro de su hija, lanza un suspiro de impaciencia, como si alguien que espera tardase en llegar, y vuelve á enbeberse en la piadosa lectura.

La niña entonces deja escapar de sus dos cielos una lágrima indiscreta y silenciosa, que muere deshecha en las rosas de sus mejillas á la que sirve de vivificador rocío.

El escudero observa atentamente aquel suspiro y aquella lágrima, frunce el arqueado espeso monte nevado de sus cejas, y vuelve con más ardor á su tarea.

Oyese lejano el eco del galopar violento de un caballo, suena luego el sonoro clarín, rechinan los goznes de la perterna, cae pesadamente el puente levadizo, y chocan contra las losas del patio las herraduras del bruto, primero, y luego el roce argentino del amés.

Brilla en el rostro del anciano Conde una mirada de alegría, que contrasta con la súbita amargura que cubre la faz bella de la joven.

Continúa apasible el escudero. Briosos paje de bordada vesta, alta golilla y rayadas calzas, blanco como armiño, rubio como espigas de trigo egipcio, penetra en el recinto, anunciado pomposamente á un caballero, sobrino del Conde, que desde las luchas de Flandes viene á rindir sus laureles á las plantas de la hermosa castellana.

Alzase el Conde del sillón con enérgico movimiento que recorda su juventud perdida, y con seguro paso se dirige á la puerta, por

donde penetra á la par un gallardo mancebo cubierto por armés acerado.

Ambos se comprendieron en un abrazo.

Pero nótese bien que el Conde mira con sobrado cariño á su sobrino y que en la alegría de este hay mucho de forzado.

Bianca, la noble hija del preclaro Conde, saluda friamente al recién venido, á quien disgusta en extremo el ceremonioso recibimiento de su prima.

Y terminados los primeros naturales ímpetus de alegría cariñosa, retirado el paje, Blanca, otra vez continuando su bordado y el escudero su limpieza, toma el galán asiento junto al fuego el Conde se dispone á escuchar los percances, glorias y aventuras de aquel sobrino D. Ramiro, que vuelve desde Flandes, donde el de Alba tuesta herejes y pierde estados, queriendo en vano medir en igual lucha la razón y la espada.

De allí no menos, vuelve D. Ramiro de medir sobre el enemigo el peso de su tizona, limpio espejo de metal al partir y negro hierro al volver.

Escuchan atentos el relato de aquellas sangrientas monstruosidades, producto de la más infame de las leyes: la de la guerra.

Solo el viejo escudero continúa limpiando la hoja de su puñal, obstinado en no desprenderse de la negra corteza que le cubre.

Refiérense allí entre el orgullo del Conde q'se siente trasportado á la dichosa edad en que espantó con los botes de su lanza el furor del enemigo, y entró la piadosa compasión de Blanca, cuyo inocente corazón no concibe que los hombres destruyan á los hombres anteponiendo la brutal razón de la fuerza, á la razón divina de la justicia y al código sublime dictado por un Dios todo bondad en estas fraternales palabras:

"Amaos los unos á los otros."

III

D. Ramiro de Ontunez era el más corrompido soldado de aquellos famosos tercios flamencos.

Jugador y pendenciero, ni respetado de sus inferiores ni querido de sus compañeros, arruinado y mal avenido con la suerte, sólo el cariño que el famoso Emperador profesaba al anciano Conde, pudo impedirle una destitución afrentosa.

Pero el señor de Peñaraja ignoraba todo esto.

El orgullo de raza se esforzaba en presentarle á don Ramiro como el más cumplido caballero y el paladín más esforzado en aquella edad en que sólo partían la pujanza dos poderes absolutos.

La espada y la cogulla.

Y como el viejo Conde no tenía hijo varón en quien depositar noblemente el esudo feudal, había de mucho tiempo atrás soñado en unir á su hija en lazo estrecho con su sobrino, para que este pudiera heredar tan deslumbrante señorío.

A solas convino el buen anciano su proyecto, y cuando de él tuvo noticia D. Ramiro, ya estaban camino de Roma las necesarias dispensas.

Apresuróse el mancebo á tornar al castillo de Peña Roja, que no era para él cosa baladí, ni que pudiera dejarse escapar un señorío tan ilustre, unas arcas tan repletas y una doncella tan hermosa.

Pero Blanca no amaba á Ramiro.

Algo secreto, como el rumor de próxima desgracia, la alejaba con repugnancia y temor de su primo.

Además, Blanca amaba otro.

Aventurero-audaz, que fué niño á la guerra, casi por compasión admitido en el ejército, y volvió mozo, con un nombre q'al partir careciera, alcanzado en tre el estruendo fragor de la metralla.

Gustavo era un valiente.

De capitán de la mesnada del Conde, plantó el primero el feudal pendón sobre los muros de Pavia, tintos en sangre, y mereció por su bravura que el guerrero emperador le abrazase conmovido sobre el campo de batalla.

Nadie, sin embargo, lo hubiera creído por el exterior del mancebo.

Blanco rosado como doncella adolescente, flotante y rizada la rubia cabellera, azules los razgados ojos, en los que siempre había algo como tristeza ó vaguedad.

Delicado como un niño, en aquel cuerpo latía un corazón de bronce.

Gustavo amaba también á Blanca.

¿Por quién sino por ella había cruzado impávido el camino de la muerte hasta llegar á la victoria?

¿Por quién sino por ella el niño débil se convirtió en hombre fuerte y en héroe glorioso.

Por ella sólo.

Porque su imágen purísima, flotando entre el humo negro del combate, le señalaba el camino del triunfo.

Porque su memoria adorada le alentaba en las fatigas, le consolaba en las penas, le conducía en el combate.

Y como una sombra puede penetrar en todas partes donde hay un rayo de luz, de aquí que aquel hombre, guiado por la sombra de su amada, penetrase en lo más recio de la pelea para llegar el primero al mejor defendido ba-